

Reproducción

Número 88. — Tomo V.

1.º de Diciembre de 1922.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

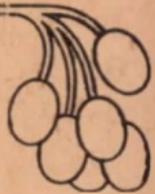
Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.





REPRODUCCION

No. 88 de Diciembre de 1922 * Tomo V

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica - Apartado No. 230

El triunfo del cristianismo

en Armando Palacio Valdés

Salta este capítulo, lector minúsculo, pues no va dedicado a tí, y permite que un instante desahogue mi pecho oprimido con aquellos que como yo ven cercana la fatal ribera y a quien hace ya señas el adusto barquero.

¡Con qué placer evoqué los seres que alegraron mi niñez! Mi fantasía los representa con los rasgos que tenían, escucho su voz, miro su sonrisa o su gesto severo, contemplo su marcha: unos son dulces, afectuosos, otros graves, éstos melancólicos, aquéllos alegres, los otros grotescos; pero todos amables, porque todos habían sido enviados por Dios para hacerme dichoso.

¿Dónde estáis, nobles seres que compartisteis mi amor y mi alegría? Una mano glacial os arrebató para siempre de mi lado. ¡Para siempre! Horrible palabra que oprime mi corazón y me llena de estupor. Si la muerte es la separación definitiva, si nunca más os volveré a ver, valiera más que no nos hubiéramos juntado un instante en este pequeño globo que nada indiferente por los abismos del espacio. ¿Viviréis en otras regiones luminosas, inmarcesibles y seréis dichosos como lo merecáis, o la mano cruel que os arrebató os habrá precipitado en una noche eterna?

¡Ah, quién me volviera a aquellos hermosos días de mi infancia! ¡Quién me diera vivir otra vez entre vosotros! Dondequiera que habitéis, en el seno del Eliseo o errando por las praderas sin flores de un mundo subterráneo, y aunque debiese beber como Ulises la sangre del carnero negro para reconocerlos, allí quisiera estar. Porque cada uno de vosotros era una parte de mi sér y al marcharos me dejasteis mutilado.

Y si ya no existís en parte alguna

¿qué fuisteis entonces? Vanos fantasmas que se disiparon como la niebla de la mañana. Y si fantasmas habéis sido, fantasma también soy yo y mi existencia una bomba de jabón que tiembla y brilla un momento a la luz del sol para romperse sin dejar rastro alguno.

Próxima está ya a estallar. Este mundo de pensamientos y recuerdos que llevo en mi cabeza, el espectáculo brillante que me seduce se disipará conmigo. Otros vendrán que gozarán de la luz del sol como yo y amarán y pensarán y vivirán un instante mecidos en una dulce alegría, y otros después... y otros... y otros. Y al cabo este pobre planeta que también es una bomba de jabón nadando en el espacio explotará igualmente haciéndose pedazos o morirá lentamente por consunción...

¡Todo fué un sueño! Las cien generaciones que turbaron este mundo con sus amores y sus odios, con sus progresos soberbios, con su piedad o con su cólera, se convertirán en éter impalpable. ¿Dónde están sus lágrimas y sus risas, dónde están sus pensa-

mientos altivos? Los monstruos repugnantes que poblaron la tierra en las primeras edades, los poetas y filósofos que nos cautivan en la presente, los santos, los malvados, las emociones más puras, los pensamientos más altos, todo, todo ha sido igual, todo se convirtió en éter.

En vano me dice Spinoza: «Ningún sér puede caer en la nada.» En vano me aseguran que es de todo punto imposible que un átomo de materia pueda desaparecer y aniquilarse. ¿Qué tengo yo que ver con esos átomos? ¿Me devolverán por ventura a los seres que amo? Pues si esto no hacen, su fuerza eterna es para mí absolutamente despreciable.

*
* *

Me represento con terror el momento en que mi pobre cuerpo cadavérico va a quedar encerrado para siempre en el sepulcro. Llega la noche. Una calma profunda reina en el cementerio. No sopla ninguna brisa, no se escucha ningún rumor. La luna baña con su luz fatídica el recinto y

los cipreces se alzan inmóviles sobre las tumbas.

De repente escucho a lo lejos un clamor rumoroso que se acerca: levanto un poco la losa de mi sepulcro y me encuentro rodeado de una muchedumbre abigarrada que me mira en silencio. Son los filósofos de la palingenesia antiguos y modernos, los pitagóricos, los platónicos, los estoicos, los alejandrinos, los origenistas, los trascendentalistas, los fourieristas, los sansimonianos. Uno de ellos toma la palabra y me dice:

«Nada temas. Tu alma es inmortal y al abandonar tu cuerpo perecedero se vestirá de otro y después de otro en una serie infinita de existencias distintas. Y en cada una de ellas serás desgraciado o feliz expiando tus faltas o recibiendo la recompensa de tus buenas acciones; pasarás de una vida más imperfecta a otra más perfecta o recíprocamente, según hayas ascendido hacia el bien o hayas descendido más abajo en el mal. Tu mismo cuerpo será cada vez menos material, más sutil y espiritual y tus sentidos más delicados si no los man-

chas con impurezas, y si emancipado de groseros errores vuelas cada vez más alto en el cielo de la verdad y la justicia... ¿Temes perder tu *yo*, no reconocerte en la serie infinita de existencias ulteriores? Temor pueril, porque todos los días lo pierdes con delicia al entregarte al sueño. Y después de todo ¿qué es ese *yo* que tanto te preocupa? Si con serenidad lo examinas no se compone de otra cosa que de sensaciones, ideas más o menos claras, recuerdos, costumbres, a todo lo cual la memoria presta unidad. Y esta memoria ¿qué valor tiene? Por experiencia debes saber cuán frágil es y cuán poco significa. La inmensa mayoría de los instantes de tu vida, sepultados están en la nada. Compara lo que de ella recuerdas con lo que has olvidado. Este olvido no es una desgracia: al contrario, pesado y doloroso sería para tí y para todo hombre recordar tanta pequeñez, tanta miseria como integran nuestra existencia aquí abajo. ¿Para qué arrastrar consigo por toda una eternidad tal fardo de insignificancias...? Deja de mecerte en sueños imposibles que serían para tí una

desgracia si se realizasen, deja ese concepto estrecho de la inmortalidad propio de edades bárbaras o de hombres ignorantes. Una vida nueva, absolutamente nueva está ya preparada para tí. De ella no tienes idea como no tiene un ciego de nacimiento idea de la luz; pero no por eso deja de existir y de ser hermosa, y cuando abras los ojos la verás y la gozarás con la dichosa certeza de que cuando otra vez los cierres será ella la que desaparezca, no tú, que de nuevo los abrirás para gozar de otras más bellas en sucesión eterna».

*
* *

Señores míos—respondo yo a tan amables palabras—respeto profundamente vuestro sentir porque entre vosotros se hallan a no dudarlo los más altos pensadores que han honrado nuestro planeta hasta ahora; pero no me cautiva la inmortalidad que me ofrecéis. Os confieso, aunque peque de ignorante y bárbaro, que este pobre yo que tanto afectáis despreciar es lo único que me interesa en este momen-

to. Si en otras vidas no me reconozco a mí mismo tanto vale la nada. Vuestra opinión es que antes de esta vida he vivido otras. ¿Qué valor han tenido para mí tales vidas? Es cierto que al entregarme al sueño pierdo mi *yo* sin pena; pero es porque tengo la seguridad de encontrarlo al despertar. Cierto es igualmente que la inmensa mayoría de las acciones y de los sucesos de mi vida se hallan sepultados en el olvido, pero mi *yo* ha permanecido idéntico y no ha habido al través de mi existencia solución de continuidad... ¡Continuidad! Hé aquí la palabra mágica, hé aquí la clave del misterio. Sin la continuidad la inmortalidad no existe.

Por otra parte, si he de vivir infinitas veces, he de morir también infinitas veces y pasar por los horrores que a la muerte acompañan. Anudaré infinitas veces lazos de amor con otros seres como los que hoy aprisionan mi corazón y otras tantas los veré quebrarse con una separación eterna. ¿A quién no infundirá pavor semejante horizonte? Los discípulos de Buda, que predicaban la nada, recorrían las

ciudades de la India gritando:—«¡Alegraos, alegraos! la muerte ha sido vencida!»—. Yo también me alegro de morir para siempre. Vuestra inmortalidad me horroriza. Dejadme tranquilo.

*
* *

En efecto, aquella muchedumbre abigarrada se desvanece entre las sombras del cementerio, pero no tarda en reemplazarla otra más homogénea. En ella reconozco a la gran mayoría de los pensadores contemporáneos. El más viejo de todos ellos, el filósofo sajón Fechner, me habló de esta manera:

«Aspiras ardientemente a guardarte como individuo; ¿pero qué es tu individuo? Nosotros, los seres humanos, nos alzamos sobre la tierra como se alzan las olas sobre la superficie del océano, salimos del suelo como salen las hojas del árbol. Unas y otras viven su propia historia. Las olas reflejan separadamente los rayos del sol; las hojas se agitan mientras las ramas permanecen inmóviles. Así, en nuestra conciencia, cuando un hecho llega a ser predominante obscurece todo lo

que se halla detrás. Y sin embargo, lo que se halla detrás, aunque sustraído ya a la observación, obra sobre él lo mismo que las olas superiores obran sobre las que están debajo, como el temblor de las hojas obra sobre la savia en lo interior de la rama. El océano entero, lo mismo que el árbol sienten la acción de la ola y de la hoja y quedan por el hecho mismo modificados, esto es, son otra cosa de lo que antes eran.

De igual modo nosotros somos actores en el gran teatro del universo. Nuestras percepciones no se desvanecen cuando morimos, sino que quedan impresas en el alma universal de la tierra y viven la vida inmortal de las ideas, y combinadas con las de otros hombres entran a formar parte del gran sistema del mundo. Nuestra conciencia no muere, pero se ensancha, y así como la suma de nuestras percepciones es lo que constituye nuestra conciencia, así la suma de nuestras conciencias constituye la conciencia de un ser más grande, de un tipo superior.

Deja pues de afligirte. Ese pequeño *yo* que tanto amas sólo desaparece en

apariciencia. Nada de lo que realmente lo constituía, esto es, ninguna de tus ideas, ninguna de tus acciones dejan de existir. Impresas quedan todas ellas en el mundo y gozan de la inmortalidad. Y los que como tú han pasado por la vida comunicando con los otros no sólo sus pensamientos sino sus más íntimas emociones pueden gozar aún con más seguridad de este hermoso porvenir. Si has logrado que tus libros dejasen una pequeña huella en el alma de tus lectores, esta huella por leve que sea no se borrará jamás, formará parte de su misma alma y con esta alma entrará en el concierto universal de los espíritus».

*
* *

¡Oh, gran filósofo!—me apresuro a responder—, la inmortalidad colectiva que me ofreces es un pan demasiado duro para mis dientes. Ese gran *yo* de que me hablas no es el mío y debo confesarte que no puedo amarlo porque sólo me interesa este otro diminuto, este pequeño punto central donde se refleja, sin embargo, el universo.

Durante mi vida terrenal he sido rey en mi pequeño reino y no puedo pasar sin dolor a ser esclavo inconsciente. Fuí una melodía más o menos importante en el concierto; me pesa convertirme en una nota del pentagrama. No me hables de la inmortalidad literaria, porque es un cuento para entretener a los niños. La gloria más grande del más grande artista de la tierra no puede durar veinte mil años. Cierto que a pesar de eso la amamos todos y más aún aquellos hipócritas que fingen desdeñarla; pero es algo siempre secundario en nuestra vida. El valor de la mía no se cifra en lo que he escrito sino en lo que he amado. No me ligan a la existencia ni mis pensamientos ni mis libros; todos ellos os los entrego sin pesar alguno. Lo único que me atormenta en este instante es separarme de los seres que hoy amo, es perder la esperanza de volver a ver aquellos otros que hace tiempo se han partido de la tierra. Si no hay nadie en el universo o fuera de él que pueda devolvérmelos, ¡cese, cese para siempre esta vida miserable y húndase como una hormiga mi pobre sér en la nada!

*
* *

Los filósofos de la inmortalidad colectiva se retiran también. Apenas desaparecidos se presentan en ruidoso tropel otros muchos más osados y enérgicos.

«No te engañes a tí mismo—me dice uno de ellos—. No te dejes engañar tampoco por los otros. La inmortalidad del alma es imposible, porque el alma no existe; es una pueril creación de nuestra mente: nadie la ha visto ni la ha tocado. Lo que existe sin poder dudarlo es nuestro cuerpo visible y palpable y este cuerpo ha sido el origen de todas tus tristezas y alegrías. Consuélate porque este cuerpo es inmortal. Un sér vivo permanece eternamente vivo. No existe la muerte para la naturaleza: su juventud es eterna como su actividad y su fecundidad. La muerte transforma pero no destruye y no es otra cosa que la misteriosa continuación de la vida en formas diversas. Esa federación de seres vivos que llamabas tu *yo* se disuelve pero no se aniquila. Cada uno de

los socios recobra su libertad y continúa su carrera vital alegremente...

¿Me preguntas si cada uno de estos seres tiene conciencia? Sólo puedo responderte que hay muchos hombres vivos que apenas la tienen tampoco. Ni podemos afirmar ni podemos negar facultades que escapan a nuestra observación. Lo que te puedo asegurar es que la vida subterránea que ahora comenzará para tu cuerpo es mucho más animada que la que has llevado sobre la tierra. Prepárate a recibir un sinnúmero de gozosos compañeros llenos de salud y de fuerza. ¡Son los trabajadores de la muerte! Vendrán en tropel las preciosas moscas llamadas *Lucilia* de un verde metálico brillante, acompañadas de sus hermanas las *Lucilia César* de un verde dorado y frente blanca. Inmediatamente acudirán los *Sarcófagos* y detrás de ellos los encantadores lepidópteros del género *Aglosa*, lindas maripositas que duermen durante el día sobre las hojas de los árboles y vuelan al crepúsculo en torno de la luz. Después vienen otras moscas no menos hermosas, las *Profilas* de cuerpo luciente y pequeña ca-

beza, a las cuales seguirá una muchedumbre inmensa de *Acarios* encargados de facilitar la momificación. Y estos acarios se hallan dotados de virtud tan prolífica que una sola pareja puede producir al cabo de tres meses un millón y medio de individuos.

Así pues que no te infunda pavor la idea de la destrucción. Dentro de la tumba la vida prosigue como fué, una vida aún más ruidosa y animada que se renueva sin cesar...»

*
* *

¡Muchas gracias!

*
* *

Dejo caer sobre mí la pesada losa y me dispongo resignadamente a entrar en la nada.

Mas hé aquí que poco después escucho un suave rumor lejano que pone en movimiento mi aterido corazón: batir de alas, chocar de besos, cantos de triunfo...

Levanto tímidamente la piedra de mi sepulcro. El alba flotaba ya sobre

el cementerio y a su luz indecisa veo un glorioso cortejo de ángeles alados envueltos en las brumas temblorosas de la mañana. Un rayo de luz cayó sobre sus alas doradas y los vi resplandecientes girar en torno de mi tumba. Uno de ellos, el más hermoso, vino a posarse al pie de ella. Mantúvose algunos instantes silencioso frente a mí y pude contemplar a mi sabor su belleza inmortal, el brillo deslumbrador de sus ojos, la altivez de su frente, su talla gigantesca, la intrepidez y la calma que se exalaba de su figura radiosa.

«Soy el Arcángel Miguel—me dijo con voz cuya extraña melodía no pertenece a la tierra—y en nombre del Señor vengo a ofrecerte la verdadera, la única inmortalidad digna de su adorable providencia. Si has creído y y has confiado en El, así que te hayas purificado entrarás a gozar de la vida eterna y de la suprema dicha. No se pierde tu *yo*, no se desvanece como una melodía en el aire, porque el amor de sí mismo es el fundamento y la condición de todo otro amor. El reposo perfecto y el goce de Dios que te ofrezco no destruirán tu conciencia

que es el sostén y la raíz misma de tu felicidad. No hay más que una vida temporal para los humanos y en ella se decide si han de vivir eternamente gozando del bien supremo o eternamente gemirán alejados de El...

¿Tiemblas por tu suerte? Desecha tu temor. Dios con ser omnipotente no puede condenar a un alma que se entrega a El en la hora de la muerte. ¿Deseas poseer tu cuerpo? Lo poseerás eternamente, pero glorioso, purificado. ¿Deseas el reposo? Reposarás en la paz eterna. ¿Amas el honor, la gloria y el poder? Participarás de la majestad y del soberano dominio de Dios. ¿Buscas la compañía de los nobles y los sabios? Gozarás de la sociedad de todos los hombres de bien que en el mundo han sido. ¿Quieres en fin (y este es sin duda tu más ardiente deseo) amar a los tuyos más allá de la tumba? Volverás a encontrarlos y esta vez para no perderlos jamás. La muerte no rompe los lazos que unen a dos corazones sobre la tierra. Tu amor en el cielo sin dejar de ser íntimo y tierno quedará limpio de toda aspereza; porque el corazón humano es

un abismo insondable de misterios, un campo de batalla donde alternativamente el calor y el frío son vencedores.

¡Paz para siempre! ¡Un corazón y un alma! Hé aquí lo que eternamente se realiza en nuestro Paraíso...

¿Estás conforme, débil mortal, con las promesas del Cristo?»

*
* *

Entonces todo mi sér se baña de alegría. Hago un esfuerzo supremo y alzando la piedra que me enciera exclamo gozosamente:

¡Tuyo soy!

(Págs. 205 a 213 de *La Novela de un novelista*)



Miscelánea

Los franciscanos de Cartago han premiado un poema netamente panteísta. Así, o el Santo no creía en el Dios personal de los cristianos occidentales, o nuestros frailes no creen en su San Francisco de Asís.

*

Con motivo de la última temporada de ópera en el Teatro Nacional ¿habrán querido notar los jóvenes la coincidencia que hay entre los períodos de mayor brillo de las ciencias y de la música? ¿Comprenderán ya la similitud de aptitudes mentales requeridas para la composición matemática y la composición musical? ¿Se habrán preguntado por qué no existe ni una sola grande ópera cuyo autor sea mujer?

¿No les sugiere ninguna reflexión, por ejemplo, el caso de Einstein, violinista de primera y físico-matemático a la par?

*

Hace más de un año (V. tomo IV, págs. 335 y 336), cité aquí a Einstein por la primera vez, oponiendo su concepto del patriotismo al expresado por don Ricardo Jiménez Oriamuno en el *Diario de Costa Rica*. En esta nota de hoy, es de la forma de la cabeza del gran hebreo alemán, de lo que voy a hablar. Es redonda, de la mejor braquicefalia que pueda darse, como lo fueron las de Voltaire, Kant, Laplace, Renan y tantas otras estrellas de primera magnitud. Sin embargo—y en contra de lo que demuestran las mejores tablas estadísticas ya publicadas—se continuará enseñando en las escuelas que la dolicocefalia es un signo anatómico de superioridad mental.

*

Sigo con Einstein.

Es un hecho averiguado que ha habido y hay costarricenses que cuando están caídos *sueñan* con la intervención política yanqui. Es también un hecho que esta intervención fué

palpable realidad en los últimos días de agosto de 1919. Si se realizó sin ostensible aparato, fué precisamente en virtud de la flexibilidad de nuestros *notables* de entonces, quienes se plegaron a la primera señal, disimulando la ignominia.

Hoy, al cabo de tres años, se acusa de falta de patriotismo al historiador que relata las cosas tal como sucedieron. ¿Y qué puede importarle semejante acusación? Responda una y cien veces con Einstein: la verdad está por encima de todo, y es falso patriotismo el que va contra la justicia.

*

Hablando de Einstein, dice C. Nordmann:

...Su conversación gira sobre la dificultad de exponer su teoría, «nada más que con palabras» y hacerse comprender, y riendo nos habla del concurso organizado por un periódico americano para explicar en menos de tres mil palabras y sin fórmulas la doctrina de la relatividad. «Yo no conozco a nadie que haya tomado parte en el concurso, ni

yo mismo me atrevo a ello». Y él se ríe.

*

Mientras triunfa en México el misticismo hueco, la República Argentina llama a los positivistas europeos. Más adelante encontrará el lector la noticia de los contratos hechos este año por la Universidad de Córdoba. Aquí está la primera oración del discurso pronunciado por el doctor Francisco de la Torre, Rector de dicha universidad, en la recepción de los profesores Nicolai y Goldschmidt:

Si en tiempos anteriores, la ciencia pudo serlo sólo de observación y desenvolverse doctrinalmente, en la época moderna las disquisiciones puramente especulativas, así jurídicas y sociales como matemáticas y médicas, deben ceder el lugar a la interpretación de los hechos experimentales que los laboratorios, gabinetes, clínicas e institutos de investigación nos proporcionan. Vinculando estas distintas disciplinas y no sacando de ellas otras conclusiones que las que caen bajo el dominio actual de nuestras facultades, es como la Uni-

versidad puede realmente ser el «alma mater» de la sociedad en que vive; de otro modo esta expresión, por sugestiva que quiera ser, no va más allá ni llega a ser otra cosa que simple expresión.

*

Eugenio d'Ors se ha convertido en profesor de filosofía, en la República Argentina. Comentando el caso, dice Quintiliano Saldaña:

Al médico titulado, que la Universidad ungió, se le dice «Doctor», respetuosamente, acosando a burlas y persiguiendo judicialmente al médico autodidacta, estigmatizado de «curandero». En cambio se encuentra justo que la Literatura, el Arte y la Filosofía sean profesados libremente, afuera y enfrente de la Universidad, por aficionados curanderos del espíritu.

*

Otro literato filósofo afrancesado es el portugués Leonardo Coimbra (1).

(1) Lo mejor de la «producción filosófica» de Eugenio d'Ors y de L. Coimbra es un REFLEJO de Bergson; un REFLEJO EMPAÑADO por falta de comprensión, pues ninguno de los dos iberos sabe mayor cosa de matemáticas o de física.

Pertenece al grupo de la nueva generación «que se ha echado sobre los hombros la ingente tarea de renovar la filosofía en el Mundo», combatiendo la filosofía científica y restaurando la Magia. Oigase a Quintiliano Saldaña por segunda vez:

De suerte que, según el Señor Coimbra, un positivista no puede hablar más que de hechos; no le es lícito inducir sobre los hechos; toda ley natural es Metafísica; las leyes cardinales de la Física, de la Astronomía, de la Química son Metafísica pura. Así, puesto que vosotros habláis más que de «hechos», sois tan metafísicos como yo—parece decir—y hé aquí mi derecho a interpretar la Naturaleza sin estudiarla, por «intuición»; por una corazonada, como si dijéramos.

*

Una aberración curiosa es ciertamente la de quienes piensan que el pago de los seguros—de incendios, por ejemplo—lo hacen las compañías aseguradoras. Tal aberración explica el contento de muchas personas cuando ocurre un siniestro que debe ser

soportado por una compañía extranjera. «Es dinero que entra al país», exclaman con sencillez, sin fijarse en que jamás ninguna compañía sostiene en una región negocios que hayan de cifrarse en pérdidas. El dinero que parece entrar no es sino una parte del que ha salido de los bolsillos de los cuidadosos y honrados de la localidad. Si éstos se resolvieran a buscar contra los riesgos un remedio diverso del que constituyen actualmente los seguros, la riqueza pública aumentaría y el número de los siniestros se reduciría al milésimo, por lo menos.

*

Del *Testamento Cívico* de José Martí:

Entrega la patria quien pide al vecino poderoso lo que puede y debe hallar la patria en sí. A precio de dignidad y con mengua del decoro no debe recibirse el oro extraño. Si hay traidor que cambie la libertad y la fuerza de la patria por un puñado de oro para remediar penurias que en el trabajo ordenado y previsor hallan remedio, maldito sea el traidor que podrá hacer opulenta

la ignominia, pero no habrá sabido mantener la honra de la patria con la cual es decorosa y relevante la miseria!

*

Según Leopoldo Maupas, profesor en la Universidad de Buenos Aires y escéptico irreductible, la ciencia, por su valor práctico, se justifica en el escepticismo:

«El escepticismo le quita su valor dogmático; pero, la justifica por su valor pragmático. La ciencia por la ciencia misma, no tiene razón de ser, porque no puede justificarse en la afirmación de la verdad. Pero, tiene razón de ser como principio directo de la conducta.

En el escepticismo se afirma la creencia; pero, se afirma la creencia, como creencia. Se acepta la apariencia. De los conocimientos no se puede decir que sean verdaderos; pero, es como si lo fueran para la dirección de la conducta. Aparentemente sentimos placer y dolor. Y referimos el placer y el dolor a causas subjetivas y objetivas. El placer, el dolor y las causas a las que los referimos serán o no reales; pero, en nuestra experiencia el conocimiento de esas causas (reales o ilusorias, poco importa) nos permite dirigir nuestra conducta en el sentido de experimentar placer y evitar dolor. De modo pues,

que aun en el supuesto, que nuestro mundo fuera un mundo de ilusiones, que nada real correspondiese a nuestra sensibilidad, a nuestros conocimientos y a nuestros deseos, siempre se justificaria, que nos preocupásemos de aumentar el caudal de conocimientos que dirigieran la conducta en sentido útil, para vivir con agrado nuestra vida ilusoria, procurando el placer y evitando el dolor, y que tratásemos de corregir los conocimientos que hayan dirigido perjudicialmente nuestra conducta teniendo en vista esa finalidad.

La ciencia no tiene por qué desaparecer con el escepticismo. Conserva en él, derecho a la existencia, y *su cultivo aparece como una necesidad*. Lo único que cambia necesariamente es su sentido. Deja de tener valor teórico; su sentido es puramente práctico.

Sólo su sentido cambia. Ni siquiera es necesario modificar su estructura externa. Siempre será una construcción dialéctica, basada en principios fundamentales. Naturalmente el sentido de estos principios cambia. Toman un carácter puramente hipotético. Dejan de ser las verdades indiscutibles del dogmatismo, para convertirse en simples principios críticos de valor puramente instrumental.

Ni siquiera será necesario cambiar el lenguaje dogmático de la ciencia. Podremos seguir hablando de conocimientos verdaderos y erróneos; pero, siempre que nos aten-gamos a su nuevo significado: Que por verdadero entendamos conocimiento útil para

la dirección de la conducta, y por erróneos conocimientos perjudiciales para esa finalidad.

Algo sin embargo habría que cambiar en el lenguaje dogmático, y sería la necesidad de introducir una tercera categoría de conocimientos: Los conocimientos indiferentes para la dirección de la conducta, que no tienen ninguna función de dirección y entre los que tendríamos que clasificar la mayor parte de los que dan lugar a las interminables discusiones metafísicas, en las que por lo general los contrincantes no saben de qué hablan, porque no saben para qué discuten.

Esto no quiere decir que los principios abstractos tengan que excluirse de la concepción escéptica. Los principios más abstractos pueden tener un valor pragmático; pero, cuando lo tengan, directa o indirectamente, tendrán que poder referirse a un principio de conducta para que tengan razón de ser en el escepticismo.

La única ciencia que el escepticismo niega, es así lo que no puede justificar en algún modo su utilidad, que no tenga ningún sentido práctico de la conducta.

E. J. R.